

Caminó, según el Evangelio, con diligencia, para estar poco tiempo fuera de casa, y llegada al Pueblo en el monte, entró en la casa de Zacarías.

Desde la puerta y antes de verla debió saludar a Isabel.

Al oírla, y antes de verla también, el niño Juan saltó en el seno de su madre, Isabel se llenó del Espíritu Santo, dió un grito de alegría y exclamó diciendo:

«—Bendita eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. ¡Pero de dónde a mí tanto favor que la Madre de mi Señor venga a visitarme?»

Y como tal vez la Virgen se extrañase de que su prima supiese que ella era ya madre de Dios, pues aún no se lo había dicho, añadió Isabel:

«—Sí, porque apenas el sonido de tu saludo ha llegado a mis oídos, mi hijo ha saltado de gozo en mi seno. ¡Oh dichosa tú que has creído que se realizará lo que se te ha dicho de parte del Señor!»

Debía pensar Isabel al decir esto en el castigo que su esposo sufría por no haber creído al ángel como creyó María.

La Virgen, confundida por aquellas ingenuas alabanzas de su prima, levantó sus ojos al cielo y al Señor de quien era su gloria, e inspirada del Espíritu Santo entonó aquel magnífico himno de acción de gracias al Dios de Israel:

Glorifica mi alma al Señor.
 Y mi espíritu palpita de gozo en Dios mi Salvador,
 Porque se ha fijado en la bajeza de su esclava,
 Porque ahora me proclamarán dichosa todas las generaciones,
 Pues ha hecho en mí maravillas el Omnipotente,
 Cuyo nombre es santo,
 Y cuya misericordia pasa de generación en generación
 A todos los que le temen;
 Ha desplegado la fuerza de su brazo.
 Y ha disipado a los que se orgullecían con los proyectos de su corazón.
 A los poderosos ha derribado de sus tronos;
 Y a los pequeños los ha ensalzado.
 A los hambrientos ha colmado de bienes;
 Y a los ricos los ha despedido sin nada.
 Ha dado la mano a su siervo Israel,
 Acordándose de la misericordia, que prometió a nuestros padres
 Tener con Abraham y su descendencia para siempre.

Fácilmente la Virgen pudo en medio de su conversación

prorrumpir en este cántico, lleno de alusiones a muchos pasajes de la Sagrada Escritura, que le debían ser muy familiares. Ni era cosa rara en el pueblo judío y otros pueblos orientales pasar en los momentos solemnes de la conversación ordinaria a la entonación poética y solemne, como lo hizo aquí la Virgen y después Zacarías.

Los devotos de Nuestra Señora y toda la Iglesia repiten sin cesar este dulcísimo himno en sus acciones de gracias. ¡Ojalá pudiésemos pronunciarlo con el mismo fervor y espíritu!

En esta visita de la Santísima Virgen creen los más en la Iglesia que San Juan conoció por auxilio especial de Dios a Jesucristo y sintió su divina presencia, que fué santificado y lleno del Espíritu Santo, limpiado de la mancha original y dotado de gracia. Así convenía que en la primera visita que la madre de la Divina Gracia hizo con el dador de toda gracia en el mundo a una familia tan buena como eran aquellos sus piadosos primos, quedase santificado el que había de ser el Ángel del Mesías.

Con ellos estuvo la Virgen muy en su centro por espacio de tres meses, es decir, hasta que nació San Juan y quedó su prima libre de cuidados. Aunque algunos creen que volvió un poco antes del nacimiento de su sobrino. Este ocurrió muy pronto de esta manera.

22. NACIMIENTO DE SAN JUAN

(L. 1,57.)

«Llegó a Isabel la hora del parto y dió a luz un hijo. Oyeron los vecinos y parientes, la gracia con que el Señor la había honrado y venían a felicitarle. A los ocho días fueron a circuncidarle».

Era entre los hebreos la circuncisión una ceremonia, por la cual el varón recién nacido era incorporado al pueblo de Dios, y dejaba de pertenecer al pueblo *incircunciso* de los gentiles. Celebrábase a los ocho días del nacimiento, y no en el templo, sino en la sinagoga del pueblo en que el niño había nacido, o tal vez en su misma casa, ejerciendo la circuncisión o alguno de la familia, el padre o la madre, o comunmente en los grandes centros algún *mohel* o circun-

cisor designado para ello. En esta ceremonia, como se hace en nuestros bautismos, se imponía el nombre al circuncidado.

«Fueron, pues, a circuncidar al niño y querían ponerle el nombre de su padre Zacarías. Pero su madre, replicándole, decía: De ningún modo, sino que se llamará Juan».

Debía ella saber sin duda de su marido que esto había mandado el ángel.

«Pero todos le decían: Si no hay nadie en tu familia que haya llevado este nombre?... Y se ponían a preguntar a su padre por señas, cómo quería que se le llamase. Y Zacarías, pidiendo una tableta, escribió en ella estas palabras: *Juan es su nombre. Y todos quedaron admirados....*»

»En aquel mismo instante se abrió su boca y se soltó su lengua y comenzó a hablar bendiciendo a Dios, y lleno del Espíritu Santo profetizó y dijo:

Bendito sea el Señor, el Dios de Israel;
Porque ha visitado y redimido a su pueblo,
Suscitando una fortaleza de salvación
En la casa de David su siervo,
Como lo había anunciado por labios de sus santos profetas
Que existen desde los tiempos antiguos,
Para salvarnos de nuestros enemigos y de todos los que nos odian,
Para ejercer la misericordia con nuestros padres,
Acordándose de su santa alianza
Y del juramento que juró a nuestro padre Abraham
Que nos concedería la gracia de servirle sin temor
Salvos de nuestros enemigos en santidad y justicia,
Delante de él todos los días de nuestra vida.

Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo.
Porque irás delante de él preparando su camino
Para dar a su pueblo el conocimiento de su salvación
Con la remisión de sus pecados,
Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
Con que nos ha visitado como oriente que viene del cielo
A iluminar a los que están sentados en tinieblas y sombras de muerte
Y dirigir nuestros pasos por el camino de la paz.

Todos le escuchaban sobrecogidos. Y considerando las muchas maravillas que habían visto y oído en aquellos días «se apoderó una gran veneración de todos los vecinos, se divulgaron estas noticias por toda la montaña, y todos cuantos habían escuchado estos sucesos pensaban entre sí

y decían: «¿qué pensáis que va a ser este niño?» porque se veía claramente la mano de Dios en él».

Pasadas las fiestas de familia y tranquila ya Isabel y Zacarías, María volvióse a Nazaret a esperar su día y prepararse al nacimiento de su Señor y de su Hijo, de su Dios y de su Niño que iba creciendo en sus entrañas. Volvió a Nazaret, dice San Lucas, «a su casa», porque aún no estaba sino desposada con José.

23. MATRIMONIO DE MARÍA Y JOSÉ

(Mt. 1, 18-25)

Es en verdad admirable la humildad de la Santísima Virgen María. Enriquecida con el don más soberano que se ha concedido a criatura ninguna, hecha Madre de Dios que es la más insigne dignidad que se ha concedido a mortal ninguno, no reveló a nadie esta honra. Y aunque preveía el descrédito a que podría exponerse a los ojos de su esposo no le dijo una sola palabra. Resignóse a dejarlo todo en manos de Dios y a esperar que así como llegada la ocasión, el Espíritu Santo había revelado este misterio a sus primos, así también se lo revelaría a su esposo, cuando llegase la hora de la Divina Providencia.

Entretanto iba creciendo el fruto divino en su seno. A nadie llamaba esto la atención sabiendo que ya estaba desposada, lo cual como ya dijimos, entre los judíos era un verdadero casamiento. Pero sí quedó sorprendido San José cuando notó las señales de que su esposa había concebido un hijo.

Aún no vivían juntos, aún no la había jamás tocado, siempre la había respetado, y la pensaba respetar castísimamente. Pero precisamente cuando se acercaba la hora de las bodas solemnes, la fiesta de familia, para que él recibiese a María en su casa advirtió las señales claras de una purísima maternidad, que era bendición del Espíritu Santo, pero que él no alcanzaba lo que podría ser.

Su esposa era madre. ¿Cómo? lo ignoraba. Su esposa era santa. ¿Habría faltado? Ni se atrevió a imaginarlo. ¿Cómo, pues, explicar aquel misterio?

Algunos creen que María refirió a José todo cuanto le

había sucedido y que San José sabiendo que su Virgen era Madre de Dios, por su humildad se tuvo por indigno de habitar con una Señora tan santísima, y que por eso resolvió apartarse de ella. Pero, fuera de que el sagrado texto se opone mucho a esta interpretación, francamente, parece que esta humildad no hubiera sido prudente, ni justa, pues hubiera dejado sin razón suficiente a María abandonada y expuesta a muchísimos peligros y sinsabores.

Diré lo que parece más cierto, y se deduce bastante claramente del santo Evangelio y siguen hoy los más de los escritores de autoridad.

San José notó sorprendido la maternidad de su esposa. Justo y muy virtuoso, conocía la santidad y virtud de María, y no se atrevió ni a imaginar en ella culpa ninguna. Pero, como no conocía el misterio, ni hallaba explicación de lo que sus ojos veían, como María a pesar de observar las angustias y vacilaciones de su esposo, callaba, resignando todo el asunto en manos de Dios y esperando que el que había iluminado a Isabel y Zacarías, iluminaría también a San José, si lo quería, después de reflexionar y esperar reverente algún tiempo, tomó una resolución verdaderamente justa, prudente y digna en sus circunstancias.

No quiso ni llevarla a los jueces, ni difamarla en público, ni quejarse de ella siquiera entre sus parientes y resolvió dejarla secretamente. «No quiso, dice el Evangelio descubrirla, sino resolvió abandonarla ocultamente», ausentándose tal vez a otra región y dejando libre a su esposa, pero de todos modos sin descubrirla, ni poner en peligro su fama.

Mas el Señor que velaba singularmente por su Madre, dispuso muy bien todas las cosas, y llegada la hora que él juzgó conveniente, libró a María y a José de la cruel angustia e incertidumbre en que estaban viviendo.

Cuando San José estaba enredándose en estos pensamientos y tal vez preparando ya lleno de dolor su ausencia, mientras su humilde esposa en silencio encomendaba a Dios su causa, «he aquí que, durante el sueño, se le apareció un ángel del Señor y le dijo: José, hijo de David, no tengas recelo de recibir en tu casa a tu esposa, porque lo que en ella se ha engendrado es del Espíritu Santo. Dará

a luz un hijo. Y le pondrás el nombre de Jesús. Porque él salvará a su pueblo de sus pecados».

Ensanchóse con esto el oprimido corazón del justo. Levantóse del sueño. Habló con su esposa. Conoció todo el misterio. Abismóse en profunda admiración, y mucho más alegre de lo que había pensado, estupefacto de su dicha y de su elección para un cargo tan alto como el de esposo de la Madre de Dios y Padre legal del Salvador del mundo, del Cristo y Mesías esperado por su pueblo y prometido por los Profetas, «recibió a su Esposa» y celebradas las bodas solemnes con todos sus parientes, comenzó a vivir con María como un hermano castísimo con una hermana Virgen perpetua, Virgen intemerada e inviolada, Virgen siempre y modelo de la más hermosa virginidad.

¡Dichoso Varón! Como dice la Iglesia «Dios le hizo Señor de su casa, y rey de toda su posesión».

Te, Joseph, celebrent agmina Coelitum

«Celébrante, oh José, los coros celestiales. Celébrante los coros de los cristianos. Esclarecido de méritos te has unido con castísimos vínculos á la ínclita Virgen».

24. DE NAZARET Á BELÉN

(L. 2, 1-5)

Felices y amantes vivían los dos virginales Esposos en su casita de Nazaret, trabajando San José en su carpintería y preparando María para el Mesías que iba a nacer los vestidos, las fajas y pañales. La hora gratísima para el mundo se iba acercando. La noche se iba alejando. La Estrella Matutina brillaba ya con esplendores de sol. Se acercaba el oriente. Venía el Sol de Justicia, iba a amanecer aquel día, viendo el cual Isaías, exclamaba:

«Levántate e iluminate, Sión, porque viene tu luz. El pueblo que andaba en tinieblas ha visto un gran resplandor. A los que habitaban en regiones de tinieblas mortales ha brotado una luz» (Is. 60,1).

Mas no era en Nazaret donde debía aparecer este sol. Setecientos años antes lo había profetizado Miqueas, cuando vaticinando el reinado del futuro Mesías, de repente

fijando sus ojos en una aldea pequeña de Judá, exclamó complacido:

«Tú, Belén de Efrata, pequeña eres para figurar entre las ciudades millares de Judá. Pero de tí me saldrá el que ha de ser Dominador de Israel, cuyos orígenes son antiguos desde los días de la eternidad» (Mich. 5,2).

Todo lo tenía medido y calculado la suave y fuerte providencia de Jehová.

«Por aquellos días, dice el Evangelio, salió un edicto de César Augusto mandando formar el censo de todo el orbe».

Ya hacía tiempo que se estaba formando la estadística del mundo, o de lo que entonces se llamaba *la habitada*, de toda la tierra dominada por los Romanos.

Bajo la política diestra y dominadora de Julio César primero, y de César Augusto después, la República Romana se había ido trasformando en imperio y monarquía. El talento de César emprendió la formación de la estadística de todas las tierras sujetas al yugo romano. No pudo él llevar a cabo lo que había intentado; pero su talento tuvo digno sucesor en Augusto, quien con incansable laboriosidad y constancia trabajó tanto en este asunto, que al fin de su vida pudo dejar al Senado un breviario o catálogo, en que, según Tácito, «estaban anotadas las riquezas públicas, el número de ciudadanos y de aliados que estaban armados, el de las naves, reinos, provincias, tributos, vectigales, gastos y regalos. Y todo ello (dice) escrito de mano del propio Augusto».

Consta además que tres veces hizo el censo de los ciudadanos romanos. Y que ordenó que se hiciese también el censo en las provincias.

Uno, pues, de éstos censos, fué el que se hizo, según San Lucas, no precisamente en el año del nacimiento de Cristo Nuestro Señor, sino *por aquel tiempo, in illis diebus*.

Es verdad que Palestina entonces estaba gobernada por un rey que no era romano, por Herodes. Pero Herodes era de aquellos reyes que, independientes de nombre, no lo eran de ningún modo de hecho. Reyes que debían la corona a Augusto, que se la había concedido de un modo o de otro después de la batalla de Actium; reyes *amigos, socios, servidores*, que todos estos y otros parecidos nombres re-

cibían; reyes en realidad que no pasaban de lugartenientes o procuradores del Emperador, a cuya voluntad en todo estaban.

Pudo por eso muy bien ordenar Augusto el censo de la Palestina, y para hacerlo se sirvió, según parece, de varios legados, pues no era negocio de un día, sino de varios años. Uno de éstos fué Quirino, quien estuvo en Siria de legado dos veces para formar el censo. Y en la primera de ellas fué cuando José y María tuvieron que ir á Belén.

Es verdad que, cuando José fué a Belén, aún no había venido Quirino, quien lo más pronto entró en Palestina después de muerto Herodes. Pero al ir a nacer Jesucristo ya se estaba haciendo un censo, que habiendo sido comenzado por otros y concluido por Quirino, San Lucas le atribuye a Quirino, así como Tertuliano á Sentio Saturnino, por haber sido también éste uno de los que en ello intervinieron antes de Quirino.

Ello es que Augusto ordenó que se formase el censo en las provincias, y de ejecutarlo se encargaron varios en Palestina, y, entre otros, por lo menos Sentio y Quirino. Los cuales formaron el censo, y, sin saberlo ellos mismos, empadronaron en sus tablas a la más augusta familia que haya figurado en tablas y estadísticas mundanas.

Tanto que Justino en su primera apología, escrita en el siglo II de Jesucristo, pudo asegurar a los gentiles que Cristo había nacido en Belén, «como lo podéis ver, decía, en los catálogos que por vuestro paisano Quirino se hicieron, cuando fué por la primera vez presidente». Y Tertuliano algo después les decía de un modo parecido: «Consta que en Judea se hicieron en tiempo de Augusto los censos por Sentio Saturnino, y en ellos hubieran podido encontrar su familia».

En resumen, que, como dice San Lucas muy acertadamente, «por aquellos días salió un edicto de César Augusto mandando formar el censo de todo lo habitado. Este censo se acabó por Quirino la primera vez». Dice esto San Lucas porque después, años más tarde, se formó otra vez otro por el mismo Quirino. «Con esto, añade, todos iban a empadronarse cada cual a su ciudad».

Cada cual podría ir a su ciudad, sea porque así lo exi-

gían los romanos, sea porque sin exigirlo ellos dejaban, como lo hacían en otros muchos asuntos, a cada provincia la suficiente autonomía y libertad de formar el censo según sus costumbres; y la de los judíos era empadronarse cada cual en su ciudad por tribus y familias.

Como José era de la tribu de David, y David era de Belén, a Belén tenía que ir a empadronarse. «Fué, pues, José de Nazaret de Galilea a Judea a la ciudad de David que se llama Belén, porque pertenecía a la casa y familia de David, para empadronarse con su esposa María que estaba en cinta».

No se sabe si María fué por obligación, por tener que empadronarse también las mujeres, al menos las que como María eran herederas. Sea por esto, sea porque José no quiso dejar sola a María, en aquel tiempo, o por impulso del Espíritu Santo o por otra causa, lo cierto es que José y María se pusieron en camino para recorrer los 120 kilómetros que separaban su pueblo de Nazaret del pueblo de Belén.

Tal vez sería esto al fin del otoño, pues según indica el Evangelista San Lucas, debieron estar varios días en Belén antes del nacimiento. El viaje lo harían despacio según las costumbres orientales y los medios de que disponían. Tardarían seguramente, como solían las caravanas, tres días en llegar a Jerusalén, y después de descansar en Jerusalén y visitar el templo, en pocas horas pasarían a Belén, que de la capital dista muy poco.

No sería gravoso a María el embarazo en su viaje, supuesto que, según toda la tradición cristiana, en nada fué doloroso a la segunda Eva el parto, cuyo dolor fué maldición echada a la primera y a sus hijas; pero no pudieron evitar las incomodidades que trae consigo todo viaje, especialmente si es largo como era éste.

Yo no sé de dónde lo sacaría, pero dice San Ignacio en su libro de los Ejercicios, y de seguro que no lo dice sin algún fundamento, que María caminaba «como se puede meditar piadosamente, asentada en una asna con José y una ancila (ó criada) llevando un buey para ir a Belén a pagar el tributo». Cierta que es tradición bien antigua que recién nacido estaba Jesús en medio de dos animales, de un buey y de un jumento.

25. NO HAY POSADA

(L. 2,6-7)

Si, como parece seguro, tanto José como María tenían en Belén parientes, irían confiados en que alguno de ellos les prestaría alojamiento en su casa, para esperar en ella la hora de dar a luz al Salvador del Mundo. No fué así, y «habiendo ido a los suyos, los suyos no le recibieron» (Jo. 1,11). Tal vez la afluencia inmensa de gente en un pueblo tan pequeño les sirvió de obstáculo o al menos de pretexto para no recibir a huéspedes de quienes en aquella ocasión podrían esperar muy poco provecho.

Por esto José y María tuvieron que dirigirse á la posada. Pero con sumo dolor suyo fueron también de ella despedidos por falta de sitio *para ellos*.

Siendo muchos los que, desatendidas otras genealogías menos importantes, se jactaban, y con razón, de pertenecer a la de David, la principal de todas, de cuyas ramas, tenía que nacer la Flor de Mesías, habían confluído a Belén muchos más peregrinos que los que cómodamente podían alojarse. Algunos, sin duda, serían varones principales y de muchas pretensiones, de quienes los hospederos podrían esperar buenas y fuertes recompensas. En cambio José y María eran y parecían pobres: no era fácil que ningún vecino se resignase a cederles por un precio ordinario alojamiento en su casa.

Desechados, pues, de todas partes se recogieron, tal vez como otros muchos de la plebe, a una gruta cerca de la posada, y quizás perteneciente a ella, dispuesta para recibir en casos apurados a transeuntes, pastores, y otra gente de esta clase que no quiere gastar mucho en posadas.

Una tradición de las más auténticas de los Santos Lugares que de ningún modo puede negarse, muestra esta cueva o gruta a los peregrinos, único sitio que en toda la tierra pudo encontrar el dueño del universo para salir al mundo...

Sucedía esto, según parece, el año 749 o 748 de Roma, cuatro o cinco años antes del año 1, en que comienza a contarse la era cristiana. Porque ha de saberse que un monje muy instruído llamado Dionisio el Pequeño, intro-

dujo en el siglo VI la costumbre de contar las fechas tomando por partida el año del nacimiento de Cristo. Pero desgraciadamente se equivocó en el cálculo y supuso que Jesucristo nació por lo menos cuatro años más tarde de lo que, según parece, pudo nacer. Dionisio calculaba que nació a 25 de Diciembre del 753 de Roma, y por tanto al 754 llamó el 1 de Jesucristo. Ahora bien, como consta que Herodes murió el año 750 de Roma, y que Jesús nació en tiempo de Herodes, su natividad debió ser en Diciembre por lo menos del año 749, y si los magos vinieron más tarde, del año 748, es decir, cuatro ó cinco antes de lo que había calculado Dionisio.

También dudan acerca del día en que nació. Y unos ponen una fecha y otros otra. Nosotros no vemos razón ninguna para apartarnos de la opinión que la Iglesia desde muy antiguo, sobre todo desde San Juan Crisóstomo, tiene de celebrar esta fecha el 25 de Diciembre.

Dicen que en este tiempo es inverosímil, por ejemplo, que los pastores estuviesen durante la noche en el campo. Pero es de saber que en Belén la temperatura es muy suave por estos días. Durante cinco años la temperatura más baja observada por algunos curiosos viajeros en Belén fué de más de 3 grados, y la media de 17; estos mismos viajeros nos aseguran que las semanas de fines de Diciembre son en Belén gratísimas, como tal vez en ninguna época del año. La tierra se cubre de verdura, los pastos brotan por todas partes, los pastores salen al campo, los rebaños se extienden por las praderas, la primavera se adelanta y lo entibia todo más que en otras tierras vecinas.

En fin, también preguntan acerca de la hora del nacimiento. La creencia general es que nació a media noche. Y así parece confirmarlo el evangelio. Pues, según luego veremos, el ángel que anunció a los pastores el Nacimiento del Mesías, apareció de noche, y a poco de nacer o mejor dicho cuando acababa de nacer el Mesías.

26. EL NACIMIENTO

(L. 2,6-7)

Pasaron, pues, los dos Santos Esposos algunos días re-

cogidos en aquella gruta preparándose con altísimo recogimiento y humildad al momento más dichoso de toda la historia del mundo. Tal vez por los recintos de aquella misma gruta habitaban con ellos otros, si en linaje nobles, en fortuna plebeyos, que tampoco habían encontrado posada más cómoda.

Y el 25 de Diciembre, cuando el sol vuelve a levantarse del solsticio y a hacer los días más grandes, a media noche, cuando las sombras comienzan a decrecer, porque se acerca el día, la Virgen Purísima y su Esposo Castísimo, conociendo que se acercaba el día grande de la venida del Mesías, recogieronse en oración profunda.

«Era la media noche—dice el piadosísimo Luis de Granada, con estilo dulcísimo que yo jamás podré imitar—era la media noche muy más clara que el medio día, cuando todas las cosas se reparan del trabajo y gozan del silencio y quietud; y acabada la oración de la Virgen Santísima, comenzaron los cielos a destilar miel y dulzura; y ella sin dolor, sin pesadumbre, sin corrupción y mengua de su pureza virginal, vió delante de sí, salido de sus entrañas, más limpio y más resplandeciente que el mismo sol, al bien y remedio del mundo, tiritando de frío, y que ya con sus lágrimas comenzaba a hacer oficio de Redentor. No se puede con palabras explicar, ni con entendimiento humano comprender el gozo que la Purísima Virgen tuvo en aquel punto, y la admiración y estupor que le causó ver al que sabía que era verdadero Dios, tan abatido y humillado; y postrándose delante de El con profundísima reverencia, dicen que dijo: *Bene veneris, Deus meus, Dominus meus, et Filius meus*: Bien seáis venido, mi Dios y mi Señor y mi Hijo; y así le adoró, y besó los pies como a Dios, la mano como a su Señor y el rostro como a su Hijo; y abrazándole y aplicándole a sus virginales pechos, le envolvió en aquellos pañales que traía aparejados. Sonrióse, como niño, a la Madre el Santo Infante; halágala con el rostro, y vuelve sus dulces y alegres ojos a mirarla; y, como dice San Cipriano (*Orat. de Nativ.*) el niño, mamando en los brazos de la Madre, gozaba de aquella leche proveída del cielo, y la fuente del sagrado pecho infundía en la boca del Niño purísimo licor. El Hijo daba a la Madre lo que la Madre daba

al Hijo: él henchía los pechos de la Madre, y ella sustentaba al Hijo con la divina leche que él mismo le había proveído. Mas como el Niño tierno temblase de frío e hiciese pucheritos, púsole la Virgen así empañado en el pesebre, para que con alguna paja o heno que allí había, y con el huelgo del buey y del jumento que allí estaban, se abrigase algún tanto y se mitigase la fuerza de aquel frío y rigor. ¡Oh bienaventurado pesebre! ¡Oh establo más glorioso que todos los palacios de Reyes, donde Dios asentó la cátedra de la filosofía del cielo, donde la palabra de Dios enmudecida tanto más claramente habla cuanto más calladamente nos avisa! ¡Oh, Señor! Dios nuestro (dice San Cipriano), cuán admirable es vuestro nombre en toda la tierra! Verdaderamente Vos sois Dios obrador de maravillas. Ya no me maravillo de la figura del mundo ni de la firmeza de la tierra, estando cercada de un cielo tan movable; no de la sucesión de los días ni de la mudanza de los tiempos, en los cuales unas cosas se secan, otras reverdecen, unas mueren y otras viven: de nada de esto me maravillo, sino de ver a Dios en el vientre de una doncella; maravillome de ver al Todopoderoso en la cuna; maravillome de ver cómo a la palabra de Dios se pudo pegar carne; y cómo, siendo Dios sustancia espiritual, recibió vestidura corporal; maravillome de tantas expensas y de tan largo proceso y de tan largos espacios, como se gastaron en esta obra. Esto es de San Cipriano».

Nació Jesús, según toda la tradición cristiana, sin dolor de María Santísima.

Nació, como dice nuestro catecismo, sin detrimento de la virginidad de su Madre a la manera que un rayo de sol sale por un cristal sin romperlo ni mancharlo.

Y después de nacido Jesús quedó su madre Virgen perpetuamente, como lo había estado antes, virgen purísima antes del parto, en el parto y después del parto.

Ved ya aquel prodigio que profetizó Isaías. He ahí la Virgen que ha concebido y ha parido un hijo. He ahí su fruto bendito, el agosto Emanuel, el Dios-con-nosotros que ha brotado de su seno.

Ved la vara más hermosa del árbol de David coronada de su pimpollo hermoso que acaba de brotar.

¡Oh María! oh hermosísimo ideal de la humanidad! oh Virgen Madre! oh Deípara! oh Madre de Dios! ¿Quién ha visto ni cielo con sol, ni concha con perla, ni rosa con rocío, ni joyel con diamante, ni paloma con ramo de oliva, ni árbol con fruto de bendición más precioso que María teniendo en sus brazos a Jesús?

Oh árbol singular! árbol delicioso! árbol que tiene flor y fruto á un mismo tiempo! árbol que no ha perdido la flor para dar fruto! árbol en el cual el fruto conserva y guarda la flor, y la flor embellece el fruto! árbol en que la flor es la más pura de todas las flores! y el fruto el más rico y más copioso de todos los frutos! ¡Bendita eres entre todas mujeres! y bendito es el fruto de tu vientre Jesús!

27. LOS PASTORES

(L. 2, 8-20)

«Estaban entonces unos pastores en aquella tierra en vela, guardando de noche sus rebaños. Y de repente apareció sobre ellos un ángel del Señor, y la gloria de Dios resplandeció a su alrededor. Llenáronse de profundo espanto. Pero el ángel les dijo:

»No temáis: porque vengo a daros la buena noticia de un gran gozo para vosotros y para todo el pueblo. Hoy os ha nacido un Salvador que es Cristo Señor, en la ciudad de David. Y esta será la señal para conocerle: Hallaréis un infante empañado y reclinado en un pesebre.

»Entonces de repente apareció al lado de este ángel una multitud de milicia celestial de ángeles que alababan á Dios y decían:

»Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad».

Canto hermosísimo, símbolo y compendio de toda la escena que acababa de realizarse y aun de toda la vida del Redentor. En aquella hora se daba a Dios la gloria verdadera, la gloria cumplida que por el pecado se le había quitado, la gloria que él se merecía. Un Hombre-Dios glorificaba a Jehová con honores debidos y dignos, con gloria tan infinita como él se merecía y reclamaba del género

humano, para darse por satisfecho de su justicia irritada por las ofensas de los hombres.

Y una vez satisfecha la justicia divina y glorificada la majestad ofendida, Jehová se reconciliaba con los hombres y nos concedía la paz verdadera y el perdón de nuestras ofensas.

Apenas apareció Jesús en la tierra, aquel Niño que nuestros artistas antiguos pintan con un dedito en los labios, para indicarnos el silencio y la impotencia a que voluntariamente por nosotros se redujo el que era omnipotente y eficazísima Palabra y Verbo del Padre, estaba hablando elocuentemente en silencio por nosotros al Padre, y como dice San Pablo: «Al entrar en el mundo dijo: No has querido víctimas ni holocaustos. Pero me has formado a mí un cuerpo. Los holocaustos por el pecado no te han agrado. Y he dicho: Aquí estoy yo, según está de mí escrito en el libro, para hacer tu voluntad».

En efecto, allí estaba aquel Niño, víctima suficiente por los pecados del mundo. Allí estaba aquel Dios a quien Jehová había formado un cuerpo, para que, siendo Dios, pudiese ser víctima propiciatoria. No los toros, ni corderos, ni carneros de la Ley antigua pudieron satisfacer ni aplacar a Jehová. Sino la sangre y el sacrificio inmaculado de este Cordero de Dios, que se ofreció por los pecados del mundo, que restableció la gloria divina y trajo sobre todos los hombres el beneplácito y buena voluntad divina, para que los que hasta entonces habíamos sido hijos de ira, fuésemos desde entonces, si lo queremos, hijos de la amistad y buena voluntad de Dios.

Por eso cantaban los ángeles a los pastores y a todo el mundo: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.

Ni fué otra cosa lo que Dios hizo en toda su vida que realizar este cántico y dar gloria á Dios y paz á los hombres.

Y se fueron los ángeles cantando el dichoso himno por las alturas á los cielos. «Y en cuanto ellos se fueron, mirándose los pastores se dijeron: — Vamos a Belén, y veamos este suceso que ha ocurrido y que el Señor nos ha revelado.

»Y vinieron aprisa y encontraron a María y a José y al Infante reclinado en el pesebre. Y al verlo refirieron las pa-

labras que les habían dicho de aquel Niño. Y todos los que los oían se admiraron de las cosas que les referían los pastores».

Sin duda que al venir éstos del monte y preguntar por el recién nacido se reunirían alrededor de la Santa Familia los que tal vez en la misma gruta estaban recogidos, bajarían quizás muchos de la hospedería y acudirían otros de la villa. Muchos se admirarían, algunos creerían, los más lo pondrían en duda, y regularmente la noticia no salió de los confines de Belén.

«Observándolos atenta María iba guardando todos estos recuerdos en su corazón, reflexionando sobre todo cuanto veía».

Así lo refiere San Lucas, quien de seguro recibió estas preciosas narraciones que tan bien y con tanto cariño puntualiza, de labios de la misma Madre que vió todo aquello y lo conservó como reliquia en el relicario de sus recuerdos.

«Y los pastores volvieron glorificando a Dios y alabándole por todo lo que habían oído y visto, según se les había anunciado».

28. LA CIRCUNCISIÓN

(L. 2, 21)

Fuéronse los pastores, retiráronse los que tal vez junto con ellos vinieron a adorar a Jesús y María. Todos con mucho más razón que en el nacimiento de San Juan dirían ahora: ¿Qué va a ser este niño? porque con él está la diestra del Altísimo!

Aquel niño que según la profecía de Isaías tantos nombres había de tener, aún no tenía ninguno. «Será llamado, había dicho el profeta, Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del futuro siglo, Príncipe de la paz».

No era, sin embargo, ninguno de esos el nombre adecuado y preferido, sino otro augustísimo, ante el cual como San Pablo dijo después, habían de doblar su rodilla los cielos, la tierra y los infiernos, nombre que ya desde entonces merecía por la vida que iba a tener, por la misión que iba a cumplir, por la pasión que iba a sufrir, y sobre todo, por lo que todo esto comprende, por la obediencia